EL ÁNGEL DE LA GUARDA

Rodro Mtnez

Capítulo 1

EL ÁNGEL DE LA GUARDA

1

Érase una vez un donjuán de todo a cien con más hígado que vergüenza, quizás un tipo bien parecido, sin mala planta, aunque tampoco como para anunciar gayumbos en marquesinas de autobús, alguna incauta incluso se atrevía a aseverar que era mono, pero muy lejos de aquel adonis que él creía ser. Moderadamente alto, cetrino, también corpulento, de profundas ojeras bajo una mirada que bizqueaba en la decena de copas y que, sin embargo, conseguía acentuar de maravilla el encanto sátiro de su discurso. Su aliento solía mezclar nicotina y alcohol, regusto a vómito en sus horas bajas y una brisa mentolada cuando mendigaba sexo —con cierto éxito, si bien no tanto como a él le gustaba insinuar—. En realidad, le perdían más sus formas que el contenido de sus palabras, ya que a través de las mismas se intuía un ingenio sublime, al menos con el punto justo de embriaguez, lástima su insistencia en sobrepasar tal límite con fruición.

Por alguna razón inexplicable, no repelía demasiado al personal, pues entendían su figura como un elemento distendido y alegre que incitaba a olvidar toda compostura, siempre tan al margen de la formalidad cotidiana. En comparación con él, una última ronda no se antojaba excesiva, ni otro par de pirulas, tampoco medio *pollo* de mañaneo... Aceptaba tragos sin complejos y rara vez aflojaba la mosca, curiosamente aquello no parecía molestar, más bien resultaba hasta entrañable, típico de un pobre diablo. De igual manera le concebían por el poblado de la Florinda, donde los chanchullos se erigían en el pan de cada día, un sitio no apto para cualquier estómago, peligrosísimo, qué duda cabe, y aun así, gracias a su simpática asiduidad, se hizo querer como si fuera de la familia, a pesar incluso de su irremediable condición de payo. Especial cariño halló en Nino, macho alfa del lugar, un gitano de armas tomar con un corazón enorme, casi del mismo tamaño que su lista de delitos de sangre.

—¡Mecachis en los *mengues*!—se alegraba el calorro de verle—. ¡Que tengo *pa* ti una cosa *mu* rica si me traes listo el *parné*!

—¿Quién anda ahí, Nino? —De fondo bullía enojada una voz femenina tras despertársele el críO—. ¡Que son horas de estar en la piltra, leñe!

—Es el *piyaró* que *sa pasao* de visita, cari.

—¿Y qué hace que no está dándole al *mollate* con alguna *rapipocha*? —arremetió enfurruñada la parienta levantándose—. *Mabéis desvelao*,

asín que me voy *pa* donde la Mama, te dejo el churumbel, Nino —avisó somnolienta sin rehuir al payo—: ¡Cómo apestas a *bebercio*, malaje!

—¡Corre a dormir ya, mujer! —ordenó el marido para tranquilidad de su invitado.

Al cerrarse la puerta, el gitano pesó un fardo y empezó a cortar el producto mientras el otro vertía licor en dos vasos de dudosa higiene. Comenzaron a beber y a probar la mercancía sin perder el hábito de charlar durante la transacción. Nuestro héroe rompía el hielo normalmente con algún chiste soez, siempre sobre putas, enanos y pollas gigantes, provocando el descojone del camello; en cambio, en aquella ocasión, el anfitrión no le reiría la gracia, se mostraba afligido porque alguien se había atrevido a sisarle el medallón del Cristo Redentor de los Heredia, una reliquia familiar de un valor incalculable según él.

—¡Cuando agarre al *malnacío* va a saber cómo me las gasto! —juraba Nino rabioso con un beso en su alianza—. Pagará caro esa falta de respeto a mis muertos...¡lo mato, por lo más *sagrao* que lo mato!

Exprimieron la velada desenfrenadamente, bebiendo y de tiroteo hasta que el romaní cayó grogui entre ronquidos; en contraste, nuestro payo no aparentaba haber tocado fondo todavía, lo cual se tradujo en un consumo más exacerbado. De alguna manera, necesitaba evadirse en el lujoso marfil al que recurrían sus sueños, tan proclives al desmadre lisérgico como a tentarle con un mundo de fantasía imposible de alcanzar. Dentro de su euforia, se percató de que tan sólo quedaba una raya, una única bala para prolongar aquella ilusión que le servía de bálsamo, cuando de repente un duende travieso a quien nadie esperaba, y menos con tales intenciones, osó disputarle la pieza. Rápido de reflejos, lo apartó con brusquedad en lo que su turulo aspiraba toda la sustancia de golpe. Ni de coña iba a compartir lo que ya había pagado.

—¡Joder! —exhaló el muy avaricioso—. ¡Qué de puta madre!

Los párpados entumecidos desnudaron sus ojos en blanco, apenas un destello ante la frenética percusión del pecho. A renglón seguido, borbotones de sangre agria, asfixia y un incesante babeo hasta dar con sus huesos en el suelo.

2

Tras el susto, nuestro estimado calavera despertó en medio de una pulcritud inenarrable, limpio y con una resaca diferente a las que había sufrido antes. La visión se presentaba borrosa y todo parecía dar vueltas, como si un permanente mareo no se decidiera a tumbarle. El muy capullo

aún creía que estaba colocado.

—Hay que pillarle más de esto al Nino. —Sonreía frotándose las manos—. ¡Qué mierda tan cojonuda!

De pronto, un carraspeo profundo reverberó de la nada, un tono desapacible que escamaba a nuestro protagonista, en cierto modo se sabía acorralado al vislumbrar las hechuras de un mal viaje. Lo importante en estos casos era no dejarse amedrentar por el pánico, así que cerró los ojos y respiró hondo. Al abrirlos, se encontró de bruces con un albino escuálido enfundado en un traje blanco, dispuesto a dirigirse a él cuando nuestro hombre se le adelantó zafiamente:

—¡Coño, tío! ¿Te has bañado en lejía o qué? —El muy inconsciente se burlaba convencido de que todo era producto de su imaginación—. ¡Qué pintas!

—Bienvenido, está usted muerto —informó sin paños calientes—, en estos momentos se encuentra en el purgatorio y hemos de dilucidar qué porvenir le adjudicamos a su alma.

—¿¿¿¡¡¡Muerto!!!??? —Por un instante la zozobra amagó con apoderarse de él, aunque no duraría, de inmediato comprendió que le tocaba resignarse, bastantes primaveras había llegado a cumplir pese a su ritmo de vida. La verdad es que sucedió rápido y sin apenas sufrimiento, ¿qué más podía pedir? Consciente de que nadie le echaría en falta, se convenció de que tal vez lo más acertado fuera asimilar el hecho con naturalidad, tanto que lejos de entristecerse, se vio con fuerzas para arrojar otra estupidez de las suyas—: ¿Ahora me daréis mi aureola y mis alas?

—En absoluto —respondió el extraño con malévola satisfacción—, a continuación revisaré su expediente y juzgaremos cuál es su lugar en la eternidad.

—Sin problema. —Respiraba aliviado—. Jamás he dañado a nadie. Si hacemos balance, coincidiremos en que soy una bellísima persona. ¡Vamos, dispara, *Copito de Nieve*! —apostilló irrespetuosamente.

—Ateniéndonos a los valores mínimos exigidos en el Cielo, encontramos algunas faltas de considerable magnitud —analizaba de forma concienzuda—. Múltiples engaños, hurtos, pecados, excesos...¡¿incluso zoofilia?!

—Iba puesto hasta arriba y aquel mono sabía latín —se defendió el acusado del último delito—, supongo que me pierde el cariño.

—También veo abuso de alcohol y estupefacientes, su vida se ha basado en la lujuria y el latrocinio, ha delinquido en diferentes ámbitos, tanto en el apartado penal como en el ético, mostrando una manifiesta incapacidad de amar al prójimo... —enumeraba el evaluador con indisimulable asombro—. ¡Ni tan siquiera tuvo escrúpulos en robarle a su mejor amigo el medallón de sus antepasados! ¡Qué poca vergüenza!

—A ver, fue sin mala intención —replicó el fallecido algo apurado por la impresión que temía estar causando—, lo necesitaba para una buena obra.

—¿Cuál? —inquirió el otro a la vez que advertía—: Mentir únicamente empeorará las cosas.

—Vale, vale... Sólo quería pagar la pensión donde vivo y pillar algún gramillo extra por ahí, quizás un poco de *priva*... —confesaba el infeliz—, para quitarme la ansiedad más que nada, ¿acaso uno no merece cuidar de sí mismo? Tampoco es tan grave, ¿no?

—¡No me lo puedo creer! —Al funcionario celestial, seriamente contrariado, le sorprendía hasta límites insospechados la endeblez moral del sujeto en cuestión—. Debe de tratarse de un error, siempre me traspapelan estos casos...¡cuánto desorden, qué desastre!

—Oye, a lo mejor el rollito del Cielo no es muy de mi estilo. —Se aventuraba en otra disparatada ocurrencia—. Os veo tan estirados y con tantos remilgos... Tal vez el infierno sea más acogedor, en plan *afterhour* gótico o como un bar de *heavies* chungos. ¿Tú qué dices, *Khaleesi*?

—Desde luego asemeja ser un lugar más apropiado para usted —afirmó inmutable el examinador—, siempre que no le importe una temperatura sofocante, el hedor a azufre o ser la concubina de Satán.

—¡Vale, ya lo pillo!¿Y qué propones?

—¿Que qué propongo? Pues que se pudra en el...¡un momento! —interrumpió la sentencia al comprobar un dato revelador en sus informes—. ¿Cómo no me lo ha comentado antes? Aquí consta que murió sacrificando su vida por otro ser humano, ¡salvó a un niño!

—¿Eh?

—Se interpuso con el noble fin de evitar que el pequeño de Nino inhalara aquella dosis letal —leía el albino gratamente sorprendido.

—¡Anda! El duende cabrón...

—¿Qué duende?

—No, nada, nada... —reaccionó el héroe con astucia, ya que esclarecer aquel delirio casual podría salir caro—, al crío de Nino me refería, le apodamos así. ¡Ay, si le hubiera ocurrido algo a ese nene! —simulaba sobreactuado.

—En vista de los nuevos acontecimientos, sólo queda como única solución viable idear un plan alternativo —reflexionaba en voz alta el inquisidor dibujando una inquietante expresión en su semblante, por fin había dado con la solución adecuada—. ¡Se ganará el Cielo con una última misión en la Tierra!

—¿¡Entonces volveré a vivir de nuevo!?

—Mejor aún: salvará un alma —ordenó con la autoridad que le otorgaba su cargo—, ha de impedir que una vida se acabe torciendo igual que se torció la suya.

—¿Perdona? ¿Cómo coño se supone que voy a hacer esa mierda?

—No hay tiempo, así que calle —le cortó abruptamente—. Dispondrá de una nueva identidad, no intente recuperar su antigua vida porque no encontrará más que su cuerpo vegetal enganchado a una máquina, tampoco pretenda darse un festín sexual, montar una bacanal de drogas, seducir animales de granja, ni cualquier otro de sus *hobbies*, o irá derechito al infierno. Tiene terminantemente prohibido desviarse de su cometido, ¿de acuerdo? —El incoloro se aseguraba de que no surgieran malentendidos—. En caso de necesidad, no se preocupe, ya nos encargaremos nosotros de localizarle.

De repente, un chasquido de dedos fue suficiente para que la escena desapareciese en una densa penumbra. ¿Cómo diablos averiguaría nuestro hombre la misión a cumplir? ¿Con qué autoridad moral iba a guiar a nadie por el camino recto? ¿Cuál era el sentido de meter a un irresponsable sin autocontrol alguno en el destino de gente inocente? ¡Menudo panorama! Él, que siempre había fantaseado con la reconfortante idea de que morir significaba descanso, se veía ahora abocado a la más ardua de las tareas: dejar de ser quien realmente era, o al menos, aquél que había sido durante la mayor parte de su existencia. La paz a cambio de un imposible, ¡menuda putada!

3

A pesar de la oscuridad, notaba su culo quieto sobre un asiento de crujiente madera. Al girar la cabeza, sintió cierta rigidez en el cuello, sin duda algo relacionado con su indumentaria, cuando de pronto un resquicio

de luz se abrió desde la celosía golpeándole el rostro.

—Ave María purísima. —Se escuchó al otro lado un timbre suave cuya dulzura rondaba la adolescencia.

—Sin pecado concebida —respondió como si dicho estribillo le brotara con naturalidad, aún recordaba sus años de catequesis—, ¿qué te pasa, hija mía?

—Padre, he pecado. —Arrancó temerosa—. Me dejé llevar por las amigas y conocimos a unos chicos mayores —relataba el problema la chavala con el pudor propio de quien se sabe juzgado—, el cabecilla del grupo se interesó por mí y me pareció tan guapo...

—¿Quién no ha sucumbido a los placeres de la carne alguna vez? —El resucitado se anticipaba cómodo en su rol de confidente—. No hay que avergonzarse por ello, son cosas normales a tu edad: picores, salpicaduras, cosas que entran, cosas que salen...

—No es eso, padre...bueno, sí , nos gustamos y en fin...llegamos a... ya sabe...a hacerlo y tal... —Su voz ruborizada se estremecía—. Estábamos en su casa y...no sé, medio de broma y eso...terminó sacándome fotos y grabándome.

—¡Ay, criaturita! —suspiró el confesor enternecido por tamaña inocencia—. ¿Pero cómo se te ocurre?

—¡Lo sé, padre, lo sé! Me aseguró que era para un *book* de modelos y me dijo que no le decepcionara comportándome como una mojigata, que niñas había muchas, pero que él creía haber visto en mí a una auténtica mujer. —Rompió a llorar la muchacha—. Y entonces me lancé sin pensarlo. Confiaba en él, lo nuestro parecía tan especial... ¡Parezco tonta!

—Algo ingenua sí eres, no te voy a engañar —El falso cura se dispuso a sermonear con cierta condescendencia, muy metido en su papel—, ése truco es más viejo que el hilo negro, anda que no tiré yo de *polaroids*...

—Ahora ya lo sé. —Se resquebrajaba entre lágrimas—. Encima me chantajea con colgarlo todo en internet si no le pago una pasta. ¡Yo no tengo dinero!

—Recurre a tus padres. —Le iluminó una desconocida ráfaga de sensatez—. Entiendo que es un marrón, pero supongo que si no lo denuncias, ese cabronazo te seguirá extorsionando de por vida. Seguro que quiere algo más, ¿verdad?

—Mi madre se moriría si se enterase —contestó algo impactada por las formas del sacerdote, aun así abordó la cuestión—: Sí, me dice que si no

consigo pagar mi deuda, podría trabajar para él en el antro de unos socios suyos. ¡No sé qué hacer! Me amenaza con hacerme daño si me chivo a alguien, estoy perdida, tengo tanto miedo... —sollozaba desconsolada.

—¡A la mierda! —Sin el menor reparo, el crápula salió del confesionario para violar el anonimato de la pecadora, por fin sentía la certeza de que se hallaba ante la oportunidad esperada—. Niña, estás de suerte, he decidido que voy a ayudarte. Sígueme.

—¡Pero padre...! —La pobre feligresa se sorprendió al ver invadida su privacidad—. ¿Esto se puede hacer? ¿Lo normal no sería imponerme una penitencia de no sé cuántos padrenuestros...o algo así?

El reencarnado, un tanto en *shock* tras comprobar su nueva imagen en un reflejo, se dirigió al altar a pegarle un buen trago al vino de misa, después caminó hasta el cepillo de la iglesia y forzó con facilidad su cerradura ante la atónita mirada de la cría.

—Vayamos a tomar algo, yo invito —sugirió animado—. Cuanto más me cuentes, mejor. Si te guardas algo para ti, probablemente no logre sacarte del lío, así que dime todo lo que sepas de ese hijoputa, cualquier cosa que recuerdes, lo que sea que sirva para darle bien por culo a ese mamón.

La joven se desahogó con aquel extraño, en verdad no le quedaba nada a lo que aferrarse, y aunque sus maneras como guía espiritual dieran el cante, su brío transmitía lo que ella más necesitaba: la promesa de que todo iba a salir bien. Total, tampoco perdía nada por probar. A pesar del más que razonable recelo inicial —ver a todo un siervo del Señor a lingotazos tan de mañana se antojaba cuando menos chocante—, la chica no escatimó en palabras y detalló con precisión la mayor cantidad de información que pudo.

—¡Camarero, otro *sol y sombra*! —pidió sediento el recién llegado—. Esto va para largo.

4

El motor rugía silencioso a través de la noche, kilómetro a kilómetro, mientras una música electrónica envolvía el interior en una madeja de estímulos. Al volante, alguien que rezumaba no sólo demasiado éxito para su juventud, sino también esa arrogancia propia de quien se cree más listo que el resto, bien por jugar mejor sus cartas, bien por haberse librado de esa tremenda carga que supone tener escrúpulos; en cualquier caso, su verdadero mérito residía en ganar a toda costa y por encima de quien fuera. Aquella constante sensación de victoria le volvía a uno intrépido, casi imbatible, confiado ante cualquier horizonte que se atreviera a desafiarle. De repente, dos luces surgieron interponiéndose en

su camino.

—¡Puto gilipollas! —se quejaba desde el claxon—. ¡Aparta de en medio, joder!

El brillo incrementó su fuerza hasta prácticamente deslumbrar al piloto, el cual se vio obligado a aminorar con la esperanza de que la lejanía disipara aquella luminiscencia insolente. Nada. Proseguían clavadas en su luna, más intensas si cabe, de modo que no le quedó otro remedio que frenar de golpe. Ante sí, una destartalada furgoneta que le contemplaba con las largas puestas. Enfurecido como un energúmeno, se apeó de su flamante deportivo para exigir explicaciones y soltar un par de hostias si se calentaba el asunto.

—¿Qué coño te pasa, subnormal? —Se envalentonaba según iba acercándose—. ¿Te crees el puto amo de la carretera o qué? ¡Baja si tienes huevos, maricón!

—Oye, primo... —Desde una de las ventanillas surgió una voz rasgada—: Que este payo nos viene con *arrejofa*, dice de partirnos el lomo el *malencarao*. ¿A ver si va a haber que *naquelarle* el *nabato* al muy *hijoputa*?

Bajó del vehículo Nino con cuatro compadres más, todos ellos con pésimas pulgas. Sin aparente esfuerzo, consiguieron cercar al joven antes de que éste pudiera llegar al coche. Presa de la desesperación y aterido por un pavor insólito, intentó apaciguar los ánimos:

—No quiero problemas, dejadme ir.

—Mira sus *sacais* —advertía otro de los calorros—, está *to cagao*.

Nino se acercó al muchacho, bien sujeto por sus secuaces, y con mirada de hielo le conminó a que entregara las llaves del automóvil.

—Os daré dinero —suplicaba tembloroso el joven—, pero el coche no, por favor. ¿Cómo regresaré a casa si no?

—¡¡¡Las llaves ya!!! —Iracundo, apenas conseguía contener la cólera asesina que clamaba su orgullo gitano—. O nos dejas abrir el carro o te *gucaramos* el buche aquí mismo, tú verás.

El desgraciado no vio otra opción que dárselas. Nino comenzó el registro e inmediatamente halló en la guantera aquello que buscaba, tan brillante y mágico que por poco no se le saltaron las lágrimas, al fin entre sus dedos el tacto áureo de la sagrada reliquia: el Cristo Redentor de los Heredia. El patriarca lo besó con fervor, igual que si hubiera resucitado un hijo; sin embargo, al bajar del automóvil el aire de revancha permanecía

intacto, no cabía permitir que un don nadie como aquél le hubiese martirizado tanto durante los últimos días. ¡Qué mal cuerpo por su culpa, cuántas noches sin pegar ojo!

—¿Qué haces con esto, *charrán*? ¿Creías que podías *guirarte* de los Heredia o qué?

—¡No sé de dónde ha salido eso! —se apresuró a justificarse angustiado—. ¡No es mío, alguien ha debido de ponerlo ahí! ¡Lo juro!

Nino, sin el más mínimo interés en sus excusas, realizó un leve gesto que sus hombres interpretaron como señal para despachar al infeliz. De los meros puñetazos se pasó a romperle la mandíbula a patadas, y después, ya con ayuda de bates y patas de cabra, cada una de las extremidades. Cuanta más sangre, más fuerte golpeaban, el sonido del metal ablandando las carnes y astillando los huesos era sobrecogedor, gritar parecía inútil. Cuando pararon, del otrora triunfador quedaba apenas una masa sanguinolenta encogida en posición fetal, una llorona que aullaba desafinada, más le valía rezar. El agraviado gitano aprovechó para arrancarle el móvil de su bolsillo, extrajo su tarjeta de memoria, aún de una pieza, y lanzó el teléfono al asiento del copiloto.

—Por favor... —gimoteaba medio delirando el maltrecho joven, incrédulo por cómo su suerte había virado tan drásticamente, de la cresta de la ola a las mismísimas puertas del infierno—. No quiero morir, no me matéis...por favor...

—¿Lo *tasabamos* ya, jefe? —Aguardaban ansiosos las instrucciones pertinentes.

—*Ñaquibadle* y lo *chibeláis* en el maletero —exhortó implacable Nino—, y después lo *jodorráis tó* y dais *yaque* a la *ñorda* esta.

Los gitanos inmovilizaron al incauto con cinta americana, atado de pies y manos, amordazándole de manera que sus quejidos, causados por las diversas fracturas, se opacasen entre el fragor salvaje de los grillos. Qué silenciosa nocturnidad, sin duda habían escogido un buen lugar y la mejor hora para tender la emboscada. Seguidamente, le encerraron en el maletero y movieron el coche hacia la cuneta, más que nada para no levantar sospechas si a algún vehículo le daba por pasar. Rapiñaron cualquier cosa que pudiera albergar cierto valor, y cuando no les apeteció nada más, rociaron tapicería y chasis con gasolina, bien empapado todo. El patriarca de los Heredia apuró unas caladas al pitillo y lo dejó caer sobre el charco inflamable que encendería la mecha. La deflagración aclaró el panorama con un refulgente estallido, baile de llamas a la temperatura exacta de un miedo cuyos alaridos y golpes fueron cesando entre hedionda chamusquina, bajo la mirada cómplice de un humo que

arropaba a las estrellas.

—Vamos —apremiaba el jefe dando por concluida la venganza—, a la *fragoneta* que es hora de ir a *queo* a sobar.

Salieron de la maleza para montarse en el furgón y regresar al poblado del que venían, una vez dentro no dudaron en salir por ruedas sin perder un solo segundo. Por fin la lejanía difuminó sus luces.

—¿Tiro *pa* la Florinda? —El conductor esperaba indicaciones del mandamás.

—Dale, primo —contestó Nino observando la tarjeta de memoria—, pero antes hay que pasarse por un sitio que yo me sé, debo cumplir lo *prometío*.

5

Madre e hija paseaban más unidas que nunca por el soleado bulevar, rendidas a aquella brisa vespertina que batía acariciante la frondosidad de la arboleda. La joven resplandecía de alivio, como recién liberada de un peso, muy consciente de la lección aprendida. De pronto, una estimable silueta llamó su atención provocando en ella cierta efusividad.

—¡Padre! —exclamó vivaracha y risueña—. Le presento a mi madre. Mamá, éste es el párroco del que te hablé.

La hija, sin adentrarse en lo escabroso del problema, se deshizo en elogios despertando una más que lógica gratitud en la madre. Nuestro hombre, paralizado, se veía incapaz de articular palabra, y esta vez no se debía sólo a la botella de *Larios* que se había apretado en el aperitivo.

—No sé qué decir, padre. —Aparentaba sincera cordialidad la mujer—. Me tranquiliza que la niña haya encontrado al fin una influencia positiva. No me gustaba nada que se juntara con tan malas compañías, conozco ese mundo y rara vez se saca algo bueno de él.

Ambas féminas alargaron la conversación entusiasmadas con el sacerdote, el cual, superado por las circunstancias, apenas lograba interactuar con un puñado de monosílabos y frases entrecortadas. Al despedirse, dijeron que sería bienvenido en su casa siempre que quisiera, incluso le invitaron a cenar cuando le viniera en gana. Aquello encendió algo en sus entrañas, una sensación que llevaba sepultada casi toda una vida.

—Hasta pronto, padre. —Ambas le emplazaban para el más cercano de

los futuros.

—Hasta siempre —suspiró cariacontecido por la situación, incapaz de digerirla todavía.

En lo que veía alejarse dicha estampa familiar, tan melancólica para él, surgió cual escalofrío la figura que le había empujado a tal revelación.

—Merecía saberlo antes de partir —se excusó el albino.

—¿Cómo no pude darme cuenta? Mira con los mismos ojitos que tenía entonces su madre. Juro que yo no...de haberlo sospechado, a lo mejor...

—Tal vez —se mostró comprensivo el hombre de blanco.

—Supongo que es demasiado tarde para recuperar el tiempo perdido, ¿me equivoco?

—Es lo que hay, lo siento de veras.

—Qué extraño —reflexionaba el calavera con sus pupilas nadando en tristeza—, al hallarme muerto no sentí nada y ahora sin embargo...

—¿Hubiese preferido ignorarlo? —planteó intrigado el del purgatorio.

—En realidad no, me alegra saber que al menos algo bueno salió de mí. ¿Ellas estarán bien?

—Serán felices —prometió reconfortándole—, además podrá observarlas desde su nuevo destino.

—¿¡Vaya, me he ganado mis alas o qué!? —Se sentía tan emocionado que necesitó de su burdo humor para disimularlo—: ¿Por eso te has puesto de punta en blanco?

—Mire que todavía estoy a tiempo de cambiar de opinión.

—¿De verdad he superado la reválida?

—Por descontado —aseguró el otrora inquisidor—, ha descubierto por fin el valor de la vida y el peso del alma, aunque he de decir que sus métodos son francamente discutibles.

—Un pecadillo insignificante. —Procedía nuestro hombre a minimizar su travesura—: Abrir un coche e introducir mercancía robada no es para tanto. Tan sólo moví los hilos para que el dueño legítimo lo encontrara. ¿Acaso devolver algo extraviado no se considera una buena

acción?—remató socarrón.

—No creo que le convenga recordarme ciertas partes de su plan. ¿Cómo se fió de que Nino dejara la tarjeta de memoria en el cepillo de la iglesia?

—Me dio su palabra —aseveró con total solemnidad—, es un gitano sobrado de honor, un gran tipo. Le echaré de menos.

—Creo que es hora de que cambie su círculo de amistades —recriminaba a modo de consejo el ser celestial—. Por cierto, en estos instantes su espíritu está abandonando su cuerpo definitivamente, es la hora, de manera que, salvo que exista alguna voluntad más por cumplir, va a tener que acompañarme ya.

—Si no hay más remedio... —Afrontaría su sino no sin antes deslizar un ligero reproche—: Anda que reencarnarme en un cura...¡vaya tela!

—La ley del contrapaso.

—¿Y cómo matáis el rato por ahí arriba? —interrogaba el nuevo inquilino sin apreciar el ingenio de la respuesta anterior—. ¿Tenéis bares o algo? ¡No me jodas con que sois abstemios!

—Bebemos ambrosía.

—¿Y eso pega?

—Desde luego, es como un *Macallan* de veinticinco años, pero sin dejar resaca.

—¡Creo que entonces vamos a llevarnos bien!

—¿Sabe? Quizás acabemos como amigos después de todo.

—Quién lo hubiera dicho, ¿eh, *Casper*? Al final incluso confías en mí.

—Bueno, adonde vamos no necesitará robarme, así que...

—Yo también te quiero.

Rieron mientras caminaban por la avenida en dirección hacia el sol. La luz del horizonte fue absorbiéndoles poco a poco entre su cháchara amistosa y aquellos últimos pasos sobre la faz de la tierra, ya tan sólo les aguardaba la eternidad.

FIN